EDUARDO LUSTONÓ

Basta de suegros

COMEDIA

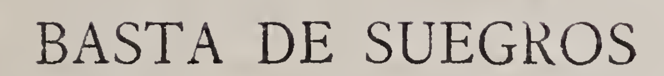
en un acto y en prosa, original

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1913

20



BASTA DE SUEGROS

BASTA DE SUEGROS

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

EDUARDO LUSTONÓ

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DE VARIEDADES en la noche del 15 de Noviembre de 1875

SEGUNDA EDICION

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1913

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LUISA	SRA.	RODRÍGUEZ (D.ª C.)
DOÑA MARIQUITA	SRTA.	MARTÍNEZ.
OSORIO	SR.	LUJÁN.
FEDERICO		RUESGA.
DON LUCIANO		CHAVES.

EPOCA ACTUAL

ACTO UNICO

Sala de la quinta de Federico· dos puertas al fondo, y en el espacio que media entre ellas un canapé. Encima de éste, y en medio de otros cuadros, estará la fotografía de don Luciano. Puertas á derecha é izquierda del segundo bastidor; á la izquierda, primer bastidor, una chimenea. A la derecha una mesa de despacho llena de libros y periódicos.

ESCENA PRIMERA

FEDERICO y OSORIO

(Al levantarse el telón, Federico aparece sentado leyendo un periódico. Osorio entra por el fondo.)

OSOR. ¿Da usted su permiso?

FED. ¡Osorio! ¿Tú aquí? (Le abraza.) ¡Oh, qué agradable sorpresa!

OSOR. ¿No me esperabas, eh?

FED. ¡Quién había de figurarse!...

OSOR. No te he querido avisar mi llegada para gozar del asombro que veo marcado en tus facciones.

FED. Cuánto se va á alegrar Luisa; pero toma asiento, debes venir cansado.

OSOR. Muy poca cosa. (Se sienta.)

FED. ¿Y á qué feliz casualidad debemos tu visita?

OSOR. Te diré: hace cuatro días que empezaron las vacaciones en los tribunales. Libre, pues, por algún tiempo, y sofocado por el maldito

calor que hace en Madrid, pensé trasladarme una temporada á las provincias; pero al ir á emprender el viaje, me acordé de vosotros, y me dije; tú que has contribuído poderosamente al casamiento de tu amigo Federico, porque es indudable que yo allané todos los obstáculos, ¿no te agradaría ser testigo por unos días de su felicidad? Dos horas después de hacerme esa pregunta, tomaba en el camino de hierro un billete para Aranjuez y... héme aquí.

FED. ¡Querido Osorio, permíteme que te dé otro abrazo!

OSOR. ¡Cuantos quieras, hombre, cuantos quieras! ¿Conque, qué me dices de caer así en tu casa como una bomba?

FED. Que estoy contentísimo, no podías haber tenido mejor idea, ni darme mayor gusto...

OSOR. Así lo creo; hablemos un poco de tí, ¿eres dichoso?

FED. ¡Oh! sumamente dichoso.

OSOR. Tu mujer...

FED. Deliciosa. Cada día la adoro más; tiene la dulzura...

OSOR. ¡De un ángel!

FED Y un *sprit...*

OSOR. Arrebatador. ¿De modo que hace tres meses que se puede decir vives en el paraíso?

FED. Exactamente.

OSOR. ¿Y habitais solos esta quinta?

FED. No, mi suegra no ha querido separarse de su hija, y yo por mi parte he querido conservar á mi lado á mi padre; de modo que vivimos en familia.

OSOR. Lo cual es más económico.

FED. Cierto. ¿Y tú, prosperas mucho?

OSOR. Chico, fabulosamente: mi bufete adquiere cada día más representación, y me llueven los pleitos que es una maravilla.

FED. ¿Y cuándo te casas?

OSOR. ¿Qué estás diciendo? Casar á los amigos, sí; pero lo que es yo, jamás haré semejante disparate. ¡Es tan hermosa la vida de soltero!

FED. ¿Y tienes valor de hablarme así?

OSOR. ¿Y por qué no? Yo no dudo de tu felicidad presente; ¿pero tan pronto has olvidado tus

tiempos de soltero? No te acuerdas de Elisa, Carmen, Consuelo...

FED. Cállate. (Vivamente.)

OSOR. Bah, no temas, estamos solos.

FED. Nada más natural, cuando éramos estudiantes, que cometiésemos alguna que otra calaverada; pero hoy es muy distinto. Yo ya no me pertenezco, soy de mi mujer; tú eres un abogado de nota, y la gravedad que te impone esa profesión...

OSOR. Querido, en mí hay dos hombres diferentes: el hombre de la toga y el hombre del gabán. Al primero lo encontrarás siempre grave, rígido hasta la exageración; respecto al segundo, siempre será Julio Osorio, tu compañero de aventuras.

FED. ¿De modo que aun sigues corriéndola?

OSOR. ¡Ya lo creo! Mira, hoy mismo tengo entre manos una intriga amorosa digna de tus buenos tiempos. Figúrate una mujer divina, espiritual, que me ama con delirio, y que escribe de un modo... Voy á enseñarte una de sus cartas. Toma. (Le da una.) Lee y juzga,

FED. ¿Para qué?

OSOR. Para que conozcas su estilo.

FED. Veamos. «Amor mío: te espero hoy á...» ¡Mi mujer! (Viendo entrar á Luisa esconde la carta.)

ESCENA II

DICHOS y LUISA

LUISA. ¡Señor de Osorio!... (Sorprendida.)

OSOR. (Saludándola.) El mismo. ¿Le ha sorprendido á usted mi llegada?

LUISA. Como este no me había prevenido...

FED. ¡Hija, si no sabía ni una palabra! Este bribón se ha presentado sin anunciarse para gozar con nuestra sorpresa.

OSOR. ¿He hecho mal?

LUISA. De ningún modo; usted sabía muy bien que al venir á esta casa venía á la suya.

OSOR. Mil gracias, amable Luisa. Pero ahora que caigo, tengo que pedir á usted mil perdones

por haberme pesentado con el polvo del camino.

LUISA ¡No faltaba más! ¿Se figura usted que aquí guardamos la misma etiqueta que en la corte?

FED. Chico, en Aranjuez, si algo bueno hay, es la franqueza.

LUISA ¿Y piensa usted estar mucho tiempo con nosotros?

OSOR. Una semana, si es que no molesto

LUISA Ya sabe usted que no; pero la vida del campo debe ser tan poco agradable para usted, que por más que hagamos temo que se apodere de usted el abatimiento.

OSOR. Al lado de ustedes no es posible aburrirse.

LUISA ¡Siempre galante!

FED. Pero, chico, la alegría que me causa tu llegada, ha hecho que me olvide por completo de lo principal. ¿Quieres descansar? Ese gabinete será desde hoy tu habitación. (Señalando el de la izquierda.)

OSOR. Gracias, pero solo deseo arreglar un poco el desorden de mi traje.

FED. Pues ahí encontrarás lo necesario.

OSOR. Entonces, con el permiso de usted, Luisa.

LUISA Usted lo tiene.

OSOR. Hasta ahora. (Saluda á Luisa y da un apretón de manos á Federico.) (Pues señor, decididamente son felices.) (Vase.)

ESCENA III

FEDERICO y LUISA

LUISA El bueno de Osorio cómo se ha acordado de nosotros.

FED. Ese sí que es un verdadero amigo, el mejor de todos, como que fué el que contribuyó tanto á nuestra unión. ¿Sabes que estás hoy encantadora? (Mirando á Luisa.)

LUISA ¿De veras?

FED. Cada día me me pareces más hermosa.

LUISA ¡Embustero!

FED. ¡Te juro!...

LUISA A los tres meses de casados, pocos maridos dicen eso con sinceridad á sus mujeres.

FED ¡Es que yo soy una excepción, un modelo!

LUISA No tanto, hijo, no tanto; pero lo que deseo es que no cambies; ya sabes que mi único defecto es ser algo celosa...

FED. Y yo también.

LUISA ¿Tú? ¿y de qué puedes tener celos?

FED. ¿De qué?... De tu primo Fernando.

LUISA ¡De mi pariente!

FED. Sí, señora, de un pariente. Los primos tengo para mí que son más temibles para los maridos que las suegras. Mira, Fernando no niego que es un buen muchacho, pero viene á verte con demasiada frecuencia. Además, en la última temporada que pasó aquí, observó mi padre que cambió por tres veces de corbata, y cuando un hombre cambia con tanta frecuencia de corbata, no lleva muy buenas intenciones.

LUISA ¡Ah! ¿es tu padre quién ha observado eso? (Resentida.) Me parece que ese buen señor se ocupa de cosas que no le conciernen.

FED. Es por mi bien y no creo que lleves á mal que mi padre se mezcle en nuestros asuntos, cuando tu madre le da el ejemplo.

LUISA Mi madre me ama, y no debes extrañar que se interese por mí.

FED. No lo extraño, pero tú convendrás en que á veces...

LUISA No continúes.

FED. Sí, mejor será que cambiemos de conversación. A propósito, ahora recuerdo que me ha escrito nuestro arquitecto, participándome que ha encontrado una casa mayor que esta y mucho más cómoda. Toma, lee la carta. (Saca del bolsillo una carta.) No, no... no es esa. (Diablo, el billete de Osorio...) (Le da otra carta.) Esta es; mira me invita á ir á verla hoy.

LUISA ¿La casa? (Tomando la carta.)

FED. Sí, la casa.

LUISA ¿Y de quién es esa otra que has sacado antes? (Devolviéndole la carta.)

FED Es... de mi tío... ya sabes, de mi tío. (Turbado.)

LUISA Ya.

FED. (Diablo de Osorio, en buen compromiso me ha puesto.)

ESCENA IV

DICHOS y DOÑA MARIQUITA

MAR. Buenos días, queridos hijos; así me gusta veros siempre, reunidos.

LUISA / FED. ¡Querida mamá! ¿Qué tal ha pasado usted la noche?

MAR. Perfectamente, hijos, perfectamente. El velar por vosotros, el encontrarme á vuestro lado participando de vuestra felicidad, es todo lo que ambiciono. ¡Es tan dulce disfrutar de las alegrías, de los puros goces de la familia! Y para esto, ¿qué he menester? bien poca cosa, un pequeño sitio en esta casa, muy pequeño, porque no soy exigente, yo me amoldo á todo, me contento con todo. ¡Ah! por fortuna no soy (A Federico.) como tu señor padre, que siempre encuentra algo á que poner falta.

FED. ¡Mamá! (Vivamente.)

MAR. Sí, sí, es tu padre y haces bien en defenderlo; pero no dejarás de confesar que tiene momentos en que le domina la cólera y no es posible soportarle. Gracias á que como yo soy de tan buena pasta, callo y me avengo á todo, me contento con todo. ¡Es tan dulce disfrutar de las alegrías, de los puros goces de la familia!

FED. (¡Otra vez!)

MAR. Hoy os voy á dar una sorpresa.

LUISA ¿Una sorpresa?

FED. (¡Qué será esto ahora!...)

MAR Una sorpresa agradable, vais á ver. (Va y toma un cuadro que dejó al entrar.) Tomad.

LUISA / FED. ¡Un retrato! (Admirados.)

MAR. El mío.

FED. ¡Cómo, esta joven!...

MAR. Era yo cuando tenía diez y ocho años. Le he mandado retocar y le he puesto este marco.

LUISA De muy buen gusto.

MAR. Tal como ha quedado, me parece que bien podéis colocarlo en esta sala.

LUISA ¡Ya lo creo!

FED. El caso es que no veo en qué sitio pueda estar bien.

MAR. Ahí, en el sitio de preferencia.

FED. ¡En el sitio de preferencia! sin duda... pero ahí está la fotografía de mi padre.

MAR. No creo que vayas á comparar una fotografía con un cuadro del mérito de este. Mira, mira la diferencia. (Descuelga la fotografía y coloca en su lugar el cuadro.) ¡Eh! ¿qué tal os parece? ¿No ganais en el cambio?

FED. Cierto, pero esa fotografía...

MAR. La colocas en otra parte; por ejemplo, en tu cuarto. Vamos, hijo mío, ¿me rehusarás la primera cosa que te pido?

FED. No, mamá, pero... (Embarazado.)

LUISA Federico, yo te lo ruego.

FED. Pues bien, sea.

MAR. Gracias, Federico, gracias. ¡Ah! (Abrazándole.) Hijos míos, qué dulce (Con estremecimiento.) es vivir en familia y poder decir..

ESCENA V

DICHOS y DON LUCIANO

LUC. ¡Bautista! ¡Bautista! (Entrando.) ¿Dónde está mi periódico?

FED. ¡Mi padre!... (Tiene la fotografía en la mano y la esconde entre los papeles que hay en la mesa.)

LUC. ¡Esto es increíble! (Gritando.) ¡Esto no tiene nombre!

LUISA ¿Qué ha pasado?

LUC. Ha pasado, que bajo, como de costumbre, á buscar mi periódico, y ha desaparecido.

MAR. ¡Ah! perdone usted, amigo mío, el periódico no se ha perdido, lo tengo yo. (Lo saca del bolsillo.)

LUC. ¿Usted? ¡Como estaba convenido que yo sería el primero que lo leyese! Recuerde usted que tengo papel del Estado y me interesa saber cuanto antes la cotización del día.

MAR. En efecto, pero como yo sólo leo el folletín, y ayer dejé á Teodosito en una situación tan crítica, deseaba saber cómo saldría de ella.

LUC. ¿Y á mí qué me importa el Teodosito de usted?

FED. ¡Papá! (Vivamente.)

LUC. ¡Su Teodosito, su Teodosito!

MAR. Qué quiere usted, (Con ironía.) todos no podemos tener papel del Estado.

LUISA ¡Mamá! (Vivamente.)

MAR. Por lo demás, usted dispense, ahí tiene usted su periódico.

LUC. De ningún modo, (Rechazándole.) ya lo ha cogido usted, léalo en buenhora.

MAR. Yo ya no lo necesito. (Rechazándole.)

LUC. Ni yo lo quiero para nada. (Idem.)

LUISA ¡Vamos, papá! (Tomando el periódico.) ¿Lo rehusará usted de mi mano?

LUC. De tu mano (Con un resto de mal humor.) no ciertamente. (Lo toma.)

MAR. Crea usted (Con acrimonia.) que mi ánimo no fué nunca el de atacar sus prerogativas.

LUC. Mis prerogativas. (Enfadado.)

FED. Vamos, aquí no hay prerogativas para nadie, ya lo saben ustedes.

LUC. Por lo menos no debe haberlas.

FED. Y no las hay. Pues no faltaba más que por un periódico... ¡Si Osorio os oyese!...

LUC. ¡Osorio! ¿Pues qué está aquí?

FED. Acaba de llegar.

LUISA Viene á pasar ocho días con nosotros.

MAR. ¡Cuánto me alegro, porque es un amigo de mi familia!

LUC. Y de la mía también, yo le he conocido así de pequeñito.

MAR. ¡Pues y yo!

FED. (Esto va á empezar de nuevo.) Pues señor, tengo necesidad de salir, y espero que en el entretanto le harán ustedes los honores de la casa.

MAR. Vete tranquilo, hijo mío.

LUC. Descuida, que yo haré tus veces.

MAR. Voy á arreglarme un poco antes de recibirle. Ven, hija mía, tú me ayudarás en mi tocado.

LUISA ¿No tardarás?

FED. Nada más que el tiempo preciso de ver la casa.
(Doña Mariquita y Luisa se van por la derecha. Federico se quita la bata, la deja sobre un sillón y se pone la levita y el sombrero.)

ESCENA VI

DON LUCIANO y FEDERICO

LUC. ¡No he visto vieja más pretenciosa! (Deteniendo á Federico que va á marcharse.) Un instante; ¿es que esto va á durar mucho tiempo así?

FED. ¿El qué?

LUC. ¿El qué? ¡Ah! ¿Con que es decir, que tú no ves claro? ¿Tú no te has apercibido que tu suegra es una mujer absorbente, y que si esto continúa nos veremos reducidos á ceros?

FED. Vamos, papá, usted se equivoca y da á las cosas unas proporciones que no tienen.

LUC. Puede ser, pero te repito que estás ciego. (Señalando al sitio donde estaba colgada la fotografía.) Felizmente, yo estoy ahí velando por... ¿Pero qué (Notando el cambio de retratos.) es lo que veo?

FED. (¡Ay!)

LUC. ¿Quién es este mamarracho tan horrible?

FED. Es el retrato de la madre de Luisa, un regalo que acaba de hacernos.

LUC. ¡Y le ha colocado en lugar de mi fotografía!

FED. No, he sido yo; mi suegra me rogó con tal insistencia, que por galantería...

LUC. Dí por debilidad.

FED. Sea por debilidad, pero yo no puedo negarme.

LUC. Esto es, ella antes que nadie; y los demás después y gracias.

FED. Vamos, papá, sea usted razonable, no se puede contentar á todos.

LUC. ¡Siempre he de ser yo el que ha de ceder!

FED. Comprenda usted que á veces hay que hacer algunas concesiones á las señoras.

LUC. ¡Concesiones, concesiones! ¡Pues si no hago

otra cosa desde por la mañana hasta la noche!

FED. ¡Demonio! Son ya (Mirando el reloj.) las doce y cuarto y no puedo detenerme. Hasta ahora, papá, hasta ahora. (Vase precipitadamente por el fondo.)

ESCENA VII

DON LUCIANO. Después OSORIO

LUC. Decididamente, mi hijo es tan débil que se deja dominar por su suegra, y á mí, se me sacrifica. Pero, ¿debo yo callar como hasta aquí? ¡Oh, no, de ninguna manera! ¡Señora doña María! Usted me ha declarado la guerra colocando su retrato en el lugar de mi fotografía, pues bien, yo acepto el reto y desde ahora no doy cuartel. Veremos á ver quién vence de los dos. Por el pronto volvamos las cosas á su primitivo estado. ¿Dónde estará mi retrato? (Buscando.) ¡Ah, ya le veo! (Coge la fotografía de la mesa y la coloca de nuevo en su sitio. En cuanto al retrato de doña Mariquita le arroja á un rincón.) Ahora veremos si tiene la osadía de desalojarme otra vez de este sitio.

OSOR. ¡Qué calma se disfruta en esta casa! ¡Qué interior tan tranquilo y apacible! ¡Cómo se conoce que aquí habita una familia completamente feliz!

LUC. ¡Osorio, amigo mío! (Le abraza.)

OSOR. ¡Señor don Luciano!... (Idem.)

LUC. Hace un momento me noticiaron su llegada y no puede usted figurarse el placer...

ESCENA VIII

DICHOS. DOÑA MARIQUITA con un gran adorno de flores en la cabeza

MAR. ¡Oh, qué agradable sorpresa nos ha dado usted, amigo Osorio!

OSOR. Señora, usted me confunde.

LUC. ¡Ya está aquí la vieja, y qué emperifollada!

MAR. Pero tome usted asiento, ya sabe usted que en mi casa no quiero que nadie esté molesto.

OSOR. Mil gracias. (Pues señor, he caído en un edén.)

LUC. ¡En mi casa, en mi casa! (En nuestra casa, debería decir.) (Coge una silla Osorio.) No, amigo Osorio, no se siente usted ahí, tome esta silla.

MAR No, esta, esta. (Don Luciano y doña Mariquita se empeñan en que Osorio ocupe el sillón que le ofrece cada uno. En la disputa retiran ambos los sillones, y Osorio que iba á sentarse cae al suelo.)

MAR. Mi yerno me ha encargado le haga á usted los honores de la casa. Como que tiene la mayor confianza en mí.

OSOR. Hace muy bien.

LUC. Mi hijo no ve más que por mis ojos: todo me lo consulta.

OSOR. Eso es lo que debe ser.

LUC. Mire usted, mire usted querido Osorio, el plano de la nueva casa que va á comprar mi hijo por mi consejo.

OSOR. Veamos. (Se acerca á la mesa en donde está el plano.)

LUC. Es una casa mucho más grande que esta, donde podremos vivir con más independencia, y no tendremos tan cerca á personas (Mirando á Mariquita.) que no conocen cuándo estorban.

MAR. ¡Caballero! (Deja caer las tazas.) Nunca creí que hubiese gentes tan mal educadas.

LUC. ¡Señora! (Furioso. Vuelca el tintero sobre el plano.)

OSOR. ¿Qué es eso, qué sucede?

LUC. Dispense usted, amigo Osorio, pero esta señora tiene la desgracia de meterse en todo aquello que no la concierne.

MAR. ¿Y qué es lo que no me concierne?

LUC Luego está ya bastante maniática. Figúrese usted que ahora le ha dado porque ha de colar el vino.

MAR. ¿Y bien, y qué?

LUC. ¡Señora! ¿quién cuela el vino?

MAR. Yo le hago colar porque me parece.

LUC. A mí no me alce usted la voz.

MAR. Ni usted á mí tampoco.

OSOR. (Poniéndose en medio.) Señores, un poco de calma, vamos.

LUC. Es que ya estoy harto de aguantar una porción de cosas, y si me pinchan, naturalmente, tengo que saltar.

MAR. ¿Y qué cosas me ha aguantado usted á mí?

LUC. ¡Muchas impertinencias, muchas!

MAR. Eso es faltarme en mi misma casa.

LUC. Señora, esta casa no es de usted, es de mi hijo, el cual está ya fastidiado de usted y de su sobrinito.

MAR. Eso no es verdad. Federico me ama, y en cuanto á su primo le distingue bastante.

LUC. Ya lo creo, y el primo en pago le quiere distinguir á él.

MAR. ¿Qué quiere usted decir con eso?

LUC Que la conducta de ese botarate de Fernando no me inspira la mayor confianza.

MAR. (Furiosa.) ¡Don Luciano, está usted faltando á mi familia!

OSOR. ¡Señora! (Procurando calmarla.)

LUC ¡Su familia! (Con tono despreciativo.)

OSOR. ¡Amigo mío! (Procurando apaciguarle.)

MAR. Mi familia vale tanto como la de usted.

OSOR. ¡Quién lo duda, señora, quién lo duda!

MAR. Y ya que hemos llegado á este punto, debo decirle que su hijo no se conduce como debiera.

OSOR. ¡Pero señora!

LUC ¿Qué quiere usted decir con eso?

OSOR. Amigos míos, por favor, serénense ustedes. (Diablo, esto no es un Edén como creía.) ¿Y qué, por una insignificancia van ustedes á perder la paz de que disfrutan? Vamos, moderación, moderación, señora; y usted, don Luciano, véngase conmigo á dar una vuelta por el jardín.

LUC. Vámonos, porque si no...

OSOR. Señora, hasta dentro de poco. Cálmese usted que bien lo necesita.

ESCENA IX

DOÑA MARIQUITA, sola

¡Qué me calme! eso es fácil decirlo: pero cuando á una le hieren en su dignidad, cuando... (Viendo que su retrato ha desaparecido.) ¿qué es lo que veo? ¡La fotografía de don Luciano ha vuelto á su lugar y ha desaparecido mi retrato! Adivino la mano que ha verificado tal cambio: no puede ser otra que la suya. ¿Pero dónde ha colocado mi cuadro? (Buscando.) ¡Ah, lo ha arrojado al suelo! Perfectamente, señor mío, mas no se saldrá con la suya. (Descuelga la fotografía y vuelve en su lugar á colocar el retrato.)

ESCENA X

DOÑA MARIQUITA y LUISA

LUISA (Entrando.) ¿Qué te pasa, mamá?

MAR. Déjame, estoy furiosa. Acaban de insultar á tu madre.

LUISA ¿Insultarte? y quien se ha atrevido...

MAR. ¿Quien? ¿No lo adivinas? Él, siempre él.

LUISA Creo que no aludirás á Fernando.

MAR. Tan bueno es el uno como el otro.

LUISA ¡Cómo!

MAR. Hija mía, como los ojos de una madre son luces para velar por la felicidad de sus hijos, te diré que he notado cierto cambio en los hábitos de tu marido que me traen con cuidado. ¡Ay, Luisa, los hombres son todos iguales, no vienen á este mundo sino para hacer padecer á las pobres mujeres!

LUISA Pero en qué te apoyas para creer...

MAR. ¿No te han chocado las continuas ausencias de Federico?

LUISA ¿Y no es más que eso? Pues entonces no debes estar con cuidado. Esas ausencias tie-

nen por objeto el buscar otra casa más espaciosa que esta.

MAR. ¿Lo crees así?

LUISA Sin ir más lejos, esta mañana recibió una carta de nuestro arquitecto...

MAR. ¿De vuestro arquitecto? ¿Estás segura de ello? ¡Mira que los hombres se valen de tantos recursos para engañarnos!...

LUISA (Recelosa.) ¡Qué idea! Ahora me haces caer. Cuando me enseñó esa carta, sacó otra que guardó precipitadamente en el bolsillo; yo le pregunté de quién era y me contestó con cierta turbación que era de su tío.

MAR. Cuando yo te digo...

LUISA ¡Ah! pero no, Federico es incapaz...

MAR. ¡Ay, qué inocente eres, hija mía! ¡Yo ya hace tiempo que había caído en la cuenta, pero cómo saber! (Viendo la bata de Federico.) Se ha dejado aquí la americana, veamos si tiene algo en los bolsillos. (Los registra.)

LUISA ¿Qué vas á hacer?

MAR. Deja, deja, que estoy muy ducha en esto. Cuando vivía tu padre diariamente le registraba la ropa... (Saca una carta.) Mira... no te decía yo...

LUISA ¡En papel azul, eso es!

MAR. Vamos á leerla. (La abre.) «Amor mío».

LUISA ¡Cielos!

MAR. (Triunfante.) Ya ves que no será su tío quien le llame amor mío. (Continúa leyendo.) «Te espero hoy á las doce y cuarto...»

LUISA ¿A las doce y cuarto?

MAR. «No faltes, ó serás causa de que haga un disparate, tu niña.» ¡Su niña! ¿Conque tiene una niña?

LUISA ¡Ah, mamá, eso es horroroso! (Llorando.)

MAR. ¡Ah, hija mía, llora, desahoga tu corazón en los brazos de tu madre! ¡Y pensar que no sabrías si yo no te hubiese abierto los ojos! Afortunadamente velaba por tú felicidad.

LUISA ¡Allí viene Federico! ¡Viene sin duda de verla! ¡Vámonos, mamá, yo no puedo en este momento soportar su presencia!

MAR. Sí, hija mía, vámonos á tu cuarto. Allí decidiremos el partido que has de tomar; por lo pronto una separación. (Luisa vase por la de-

recha, doña Mariquita la sigue, pero vuelve en seguida. Coge la fotografía de don Luciano y la hace pedazos.) ¡Ah, ahora veremos si vuelve á colocar esta visión en lugar de mi retrato! (Vase.)

ESCENA XI

FEDERICO; después DON LUCIANO

FED. (Entrando por el fondo izquierda.) ¡Uf, vengo rendido! ¡He visitado desde la cueva hasta el granero!

LUC. (Entrando precipitadamente por el fondo derecha.) Federico, hijo mío, al fin te encuentro.

FED. ¿Qué le pasa á usted, papá? ¿Por qué esa agitación?

LUC. ¡Mi sospecha! ¡Mis sospechas se han realizado!

FED ¿Pero qué sospechas?

LUC. Escucha: ya sabes lo que te había dicho acerca de Fernando, el primito de tu mujer.

FED ¡Ah! ¿es del primo de quien se trata? (Vivamente.)

LUC. Sí, no me interrumpas. Ayer, paseándome por el jardín divisé á lo lejos un hombre que se deslizaba por entre los árboles. Apreté el paso y ví á Fernando que, después de mirar á su alrededor como para cerciorarse de que no podía verle nadie, se aproximó á una pared y depositó en el hueco de un tronco un pequeño billete de color de rosa.

FED ¡Un billete!

LUC. Oculto tras una higuera presencié la operación, cuando después de haberle visto alejarse me disponia á coger el billete, llegó corriendo la doncella de tu esposa, se apoderó de él y escapó. ¿Qué dices á esto?

FED. Continúe usted, padre, continúe usted.

LUC La doncella entró en el pabellón, y como la ventana de éste esta abierta, pude ver que Luisa se encontraba allí, y que después de algunas palabras cambiadas con la muchacha, ésta le entregó el billete.

FED. ¡Era para ella!

LUC. Desde entonces no he hecho otra cosa que pensar de qué medio me valdría para apoderarme de ese maldito billete. Al entrar hace poco en el tocador de Luisa, ví que asomaba por entre la tapa de su neceser un papel color de rosa; cerciorarme de que era el mismo que buscaba y correr á tu encuentro, todo ha sido uno. Toma y convéncete. (Se le da.)

FED. (Leyendo con visible agitación.) «Alma mía: mañana á las doce de la noche te espero junto á la puerta del jardín. Dos horas después partiremos con dirección á Italia, donde libres los dos, viviremos tan felices como desea tu Fernando.» (Cae desfallecido en una silla.) ¡Un rapto! ¡Esto es horrible!

LUC Federico, vuelve en ti. Ella puede llegar y no debe verte en ese estado.

FED. Tiene usted razón. (Se levanta.)

LUC. ¡Pobre hijo mío! (Cambiando de tono.) Valor, ten valor; yo me marcho para que obres con entera libertad.

FED. ¡Oh, descuide usted!

LUC ¡Las mujeres! ¡las mujeres! Felizmente yo velaba... allí. (Señalando á la fotografía. Estupefacto.) ¡Cómo! ¡Ella otra vez! ¡Eso es demasiado! De seguro que no lo vuelve á colgar. (Descuelga el cuadro. Le da un puñetazo y pasa el brazo á través de la tela.)

ESCENA XII

FEDERICO y LUISA

FED. Aquí está.

LUISA (Tengamos valor.)

FED. Señora, me alegro que venga usted.

LUISA (¡Qué tono!) ¿De veras?

FED. Señora, lo sé todo.

LUISA Y yo también.

FED. (¡Habrá mayor descaro!) Señora: soy enemigo del escándalo, por lo tanto, no espere usted que me exceda en la presente ocasión. Su conducta de usted...

LUISA (Indignada.) ¡Caballero! Aun tiene usted valor de hablarme de mi conducta cuando la suya...

FED. La mía ha sido siempre la que debía seguir un buen esposo; en cambio, de la de usted...

LUISA ¡Qué cinismo! ¿Qué tiene usted que decir de mi conducta?

FED. Cuando una esposa falta á su deber...

LUISA La que tiene pruebas de que usted falta á los suyos, soy yo.

ESCENA XIII

DICHOS. OSORIO, que entra por el fondo

FED. Y yo, ¿cree usted que no las tengo?

LUISA Soy como usted, enemiga de los escándalos, pero esto no tiene más solución que el divorcio.

FED. Estamos de acuerdo.

LUISA Yo no puedo vivir ni un minuto más al lado de usted.

FED. Ni yo al suyo.

LUISA Dejo á usted en libertad de reunirse á su niña.

FED. Y usted puede irse cuando quiera con su primito.

OSOR. Pero amigos míos, ¿qué sucede?

FED. ¡Ah, Osorio! llegas á tiempo. Tú eres como de la familia, y es bueno que te enteres...

LUISA Lo único que deseamos es el divorcio.

FED. En seguida.

LUISA En seguida.

OSOR. ¡En seguida! ¡en seguida! ¡Como que no hay más que decir y hacer! ¿Qué ha pasado desde que no nos vemos para ese cambio?

FED. ¿Qué ha pasado? Toma, lee ese billete.

OSOR. ¡Ah! la carta de Fernando (Después de leerla.) que buscábamos hace poco tu suegra y yo.

FED ¿Cómo mi suegra y tú?

OSOR. Sí, hombre, sí. Fernando está perdidamente enamorado de la doncella de tu mujer.

FED. ¿Será posible? ¡Y yo que creía...! Luisa, Luisa, eres un ángel; ¿me perdonas?

LUISA Jamás, porque yo tengo pruebas verdaderas de tu falsía. Tome usted y lea... (A Osorio.)

OSOR. ¿Otro billete? Veamos. (Lo abre.) «Amor mío: te espero hoy á...» (Deteniéndose.) ¡Pero esta es mi carta! (A Luisa.) ¡Ah! ¡señora! ¡Qué habrá usted pensado de mí! Y tú, bribón, (A Federico.) ¿es esa la manera que tienes de guardar mi secreto?

LUISA ¡Cómo! Osorio, ¿esa carta ha sido dirigida á usted? Pero no, esa es una astucia que emplea para engañarme.

OSOR. ¡Una astucia! (Sacando de su bolsillo un paquete de cartas.) Oh, no señora. Tome usted; he aquí varias cartas de la misma letra. (Abre una.) Lea usted. Lea usted. «Julio mío.» Ya sabe usted que mi nombre es Julio.

LUISA Federico, ¿me perdonas? fué mi madre la que aseguró...

FED. Y á mí me lo dijo mi padre.

OSOR. Comprendo, amigos míos; ¿quieren ustedes oirme dos palabras? En esta casa tienen ustedes dos enemigos mortales; dos enemigos, que queriendo hacer á ustedes dichosos, destruyen su felicidad.

FED. Tienes razón. ¿Pero qué hemos de hacer?

OSOR. ¡Ellos se acercan!... Realicen ustedes el plan que voy á proponerles y todo quedará arreglado.

ESCENA XIV

DOÑA MARIQUITA y DON LUCIANO

LUC ¡Pues sí, señora!

MAR. ¡Pues no, señor!

LUC. ¡Su hija de usted es una cualquier cosa!

MAR. ¡Y su hijo de usted un perdido!

LUC. ¿Insulta usted á Federico?

MAR. ¡Y usted á Luisa!

LUC ¡Es que á mí me sobra la razón!

MAR. ¡Y á mí también!

LUC. ¡Falta usted á la verdad!

MAR. ¡Usted es el que falta!

LUC. ¡Yo tengo pruebas!

MAR. Y yo también tengo pruebas.

LUC. ¡Las mías son palpables!
MAR. ¡También las mías se pueden palpar!
LUC. Señora... sin que eso sea faltar á sus canas teñidas...
MAR. ¡Insolente!
LUC ¡Permítame usted que la llame grosera!
MAR. ¡Mal educado!... ¡Claro, á quién ha de salir el chico más que á su padre!
LUC. ¿Cómo no ha de ser su hija de usted lo que es, siendo su vivo retrato?
MAR. ¡Mi retrato!... ¡Pues ya se ve que... calle! ¡No está allí!
LUC. ¡Cá! No señora.. ¿pues qué se había usted creído? Que había yo de dejarme suplantar por una vieja tan...
MAR. ¡Mamarracho!
LUC. Justo, tan mamarracho como usted.
MAR. ¡Ay! ¡á mí me va á dar algo!
LUC. ¡Crea usted que me alegraría!
MAR. Pero tengo la venganza en el bolsillo y voy... ¿ve usted su retrato? (Sacando el de don Luciano.)
LUC ¡Ah! ¡vieja infame!... ¿Se lo había usted guardado?
MAR. ¡Sí, pero mire usted con qué objeto! (Lo parte en pedazos.)
LUC. ¡Cielos!
MAR. ¡Y ojalá pudiera hacer con usted lo mismo!
LUC. ¡Pues bien... yo no quiero tanto... pero ya que usted ha tomado la iniciativa, ahora me toca á mí! ¿Ve usted esta caricatura? (Trae el retrato de doña Mariquita.)
MAR. ¡Mi pastel!
LUC. ¡Pues vea usted lo que hago en su pastel de usted! (Le mete el puño rompiendo el lienzo.)
MAR. ¡Cielos!... ¡Me ha pasado por ojo!
LUC. ¡Usted me ha descuartizado... por consiguiente en paz!
MAR. ¡Asesino!
LUC. ¡Señora!
MAR. ¡Infame!
LUC. No me busque usted la lengua...
MAR. ¡Canalla!
LUC. ¡Que me la va usted á encontrar!
MAR. ¡Vejestorio!
LUC. ¡Ea!... ¡ya me cargué!... ¡¡¡Suegra!!!
MAR. ¡Dios mío!... ¡me ha llamado suegra!

LUC. (Creo que me he extralimitado.)
MAR. ¡Suegra yo!
LUC (¡Ella se ha tenido la culpa!)
MAR. ¡Yo me muero!... ¡Luisa, hija mía... hija mía!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS. LUISA, FEDERICO y OSORIO

FED ¿Qué ocurre?
LUISA ¿Qué sucede?
MAR. Ahí donde le ven ustedes, vestido de persona decente...
OSOR. ¿Y bien?
MAR. ¡¡¡Me ha llamado suegra!!!
OSOR. ¡Hombre, por Dios!
LUC. Confieso que me he extralimitado.
MAR. Pero no volverá á suceder, yo se lo prometo... Pronto una separación judicial...
LUC. Justo, una separación judicial...
MAR. ¿No es verdad, Luisa?
LUC. ¿No es verdad, Federico?
OSOR. ¡No, aquí no se trata de separarse nadie, sino de reconciliarse!
MAR. ¡Ese hombre y yo... jamás!
LUC. ¿Lo ven ustedes?... ¡Me llama hombre!
OSOR. De ustedes luego hablaremos. . por lo pronto Luisa y Federico saldrán esta misma noche para el extranjero... pero solos los dos.
MAR. LUC. ¿Cómo?
OSOR. Allí permanecerán un par de años.
LUC. Y durante ese tiempo, ¿qué voy á hacer yo solo?
MAR. ¿Pues y yo?
OSOR. Hay un medio para que no se aburran ustedes.
MAR. LUC. ¿Cuál?
OSOR. Ya se lo diré á ustedes mañana cuando hayan partido.
FED. (¿Qué piensas hacer?)
OSOR. (¡Casarlos!)
FED. (¡Comprendo!... ¡Eres un buen amigo!) (Le estrecha la mano.)

LUC. ¡Le digo á usted que me corresponde á mí!
MAR. ¡No señor, á mí!
OSOR. ¿Otra cuestión?
LUC. Figúrese usted que quiere ser ella la que... (Al público.)
MAR. ¡Ya se ve que sí!
OSOR. ¡Para que no haya cuestión, que diga cada uno la mitad!
LUC. ¡Yo primero! (Al público.)
El cielo de tu dicha veras negro..
MAR. Si te casas y vives con tu suegro;
y no tendrás la paz que al alma alegra...
LUC. ¡Si en la calle no plantas á tu suegra!
Y en pago del enojo..
MAR. Haz el favor
de calmar las angustias...
LUC. ¡Del autor!

FIN

Precio: UNA peseta